

REFLEXIONES E IMPRESIONES SOBRE EL PENSAMIENTO ECONÓMICO VENEZOLANO

Con motivo de la presentación del libro del Prof. Héctor Silva Michelena “**EL Pensamiento Económico Venezolano en el siglo XX. Un postigo con nubes**” tuvo lugar un conversatorio en el IIES-FACES-UCV en febrero de 2007, donde los Doctores Armando Córdova y Heinz Sonntag, presentaron sus reflexiones e impresiones como profesores invitados. Este evento fue auspiciado por la Fundación para la Cultura Urbana, el Econoinvest y el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales “Dr. Rodolfo Quintero.

INTERVENCIÓN DEL DR. ARMANDO CÓRDOVA

Comienzo por felicitar al autor por lo que considero una importante primera aproximación al análisis de la evolución del pensamiento económico venezolano durante el siglo XX. No sólo por la calidad académica de su trabajo, sino además, por el valor de atreverse a emitir juicio, en una sociedad tan poco integrada, sobre el trabajo de tanta gente –la citada y la no citada en la obra– a pesar de estar consciente, como él mismo afirma, del carácter esencialmente ideológico de la disciplina y de que –dicho con sus propias palabras– “los economistas somos en esencia contradictorios entre nosotros mismos”. Lo que equivale a decir que, si bien la economía es una actividad vitalmente objetiva dentro del orden social, el pensamiento “científico” que se ha desarrollado a su alrededor, lo es menos, afirmación que constituye un excelente punto de partida de la obra.

Por esas mismas razones, desearía que ésta, sea el motivo de la más amplia e intensa discusión, en beneficio del necesario despertar de las ciencias sociales venezolanas y de la superación del espíritu de lobos esteparios de sus cultores, tan poco abiertos al diálogo creativo, en momentos en que más lo está exigiendo el país.

Se me ha pedido centrar este breve comentario en el Capítulo V de su libro, dedicado a la temática ‘*Desarrollo, subdesarrollo y dependencia*’, a la cual he dedicado, y sigo dedicando, lo fundamental de mi actividad docente y de investigación, como integrante de la generación de estudiosos latinoamericanos que durante la segunda mitad del siglo XX, enfrentó por vez primera, el carácter estructuralmente subordinado de nuestras sociedades nacionales como resultado de su proceso de formación y evolución histórica, observación que sentó las bases para una nueva y cabal comprensión del proceso histórico de nuestras sociedades.

En primer lugar, porque nos ha permitido comenzar a superar la muy arraigada tradición implantada, de buscar las raíces de todos nuestros problemas y contradicciones irresueltas en una presunta "incapacidad colectiva" para dilucidarlas, debido al pecado original de nuestra remota herencia étnico cultural atrasada y heterogénea. De esa manera, situaciones generadas en los más diversos periodos de nuestra historia con, la muy activa participación de factores externos, eran asumidas por los latinoamericanos como producto de una dinámica exclusivamente endógena, lo que ha sido un importante factor limitante para la comprensión de nuestra propia historia y, por tanto, de la capacidad para crear, a partir de ella, la necesaria plataforma conceptual para saltar creativamente hacia el futuro.

La segunda razón del enriquecimiento de la auto-imagen de América Latina que ha propiciado esa nueva manera de mirar la historia de nuestro subdesarrollo como un aspecto complementario e inseparable del desarrollo de los países centrales dentro del sistema capitalista mundial, ha sido la creciente legitimación y concientización de la justeza de las luchas por la radical transformación de ese sistema internacional, institucionalizador de los mecanismos de permanente reproducción de la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados.

La reforma curricular de FACES, citada por Héctor, como una de las consecuencias de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, además de propiciar la introducción del marxismo y de la historia económica nacional y latinoamericana en nuestros pensa de estudios propició también, nuestra participación en la discusión acerca de la temática desarrollo-subdesarrollo que había comenzado a conformarse en América Latina a partir de los trabajos de Prebisch y Furtado en la CEPAL y de la discusión crítica que ellos suscitaron en los ámbitos económico social y político de la región.

Se inició así, en Venezuela y América Latina, un proceso de independencia intelectual que nos condujo a resultados diferentes, tanto de los que derivaban de las teorías económicas y sociológicas convencionales, como de la ortodoxia marxista; en momentos en que ambas libraban un crucial enfrentamiento, como parte de la 'Guerra Fría' entre capitalismo y socialismo que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

Nuestras sociedades, que no podían identificarse ni estructural ni culturalmente, con las que formaban parte de ambos bloques -por lo cual fueron calificadas como pertenecientes a un Tercer Mundo- vivían entonces lo que algunos denominaron una "revolución de las expectativas crecientes de desarrollo y modernización", un proceso impulsado, en gran medida, por los efectos demostración difundidos por la propaganda de ambos sistemas en el curso del mencionado conflicto.

Como aspecto de la Guerra Fría, cada bloque contendiente hizo notables esfuerzos para atraer al Tercer Mundo a sus respectivas concepciones del desarrollo. Fue lo que el economista holandés Jan Tinbergen calificó de concurrencia entre dos médicos –el capitalista y el socialista– para vendernos sus propias recetas de desarrollo.

Ambas recetas presentaban, sin embargo, una importante limitación común: la de eludir el diagnóstico estructural de nuestras economías, ya que, mientras para el “médico occidental” atravesábamos, simplemente, etapas anteriores al desarrollo capitalista maduro (Rostow) lo que identificaba nuestro proceso de desarrollo con la necesidad de aplicar las políticas adecuadas para ir las superando sucesivamente; para el “médico socialista”, siguiendo las apreciaciones de Marx sobre los casos de India y México, la penetración del capitalismo desarrollado sembraba en nuestros países la semilla de un tipo de desarrollo que nos llevaba, fatalmente, a reproducir las estructuras de los países penetrantes, tesis que conducía a la necesidad de realizar, en su momento, una revolución democrático-burguesa como precondition a la revolución socialista. El hecho concreto de que en la URSS no se hubiera cumplido esa revolución democrático-burguesa –o haya durado tan poco con Kerensky– obligó al campo socialista, en las concretas condiciones de la Guerra Fría, a concentrar sus esfuerzos en la definición de los roles que debían cumplir los partidos marxistas en nuestros países en la lucha contra el capital imperialista, y prestar todo su apoyo a la *revolución socialista mundial*, dentro de la cual se presentaba al modelo stalinista soviético como el camino ideal para todos los regímenes nacionales revolucionarios, cualesquiera fueran sus estructuras económicas de partida.

Ambas recetas fueron, –implícita o explícitamente– rechazadas por el pensamiento crítico latinoamericano (marxista y no marxista). La primera propuesta de diferenciación provino del economista argentino Raul Prebisch, quien estableció la primera relación causal entre desarrollo y subdesarrollo a partir del análisis de la dicotomía *Centro-Periferia*, punto de partida de la *Teoría Estructuralista Latinoamericana* que sirvió de base a las propuestas de política económica reformista-desarrollistas, centradas en la industrialización por sustitución de importaciones dentro del sistema capitalista mundial.

Se establecía de ese modo que la causa esencial de nuestro subdesarrollo era el monopolio del progreso técnico por parte de los países centrales, fundamento de su relación de intercambio desigual con la periferia, considerada por Prebisch, como causa esencial de la asimetría del proceso de desarrollo entre ambos componentes del sistema mundial.

Esas ideas fueron acogidas con entusiasmo por un amplio conjunto de científicos sociales latinoamericanos de inspiración política socialdemócrata, que

apoyaron y contribuyeron a instrumentar las estrategias de la CEPAL en la casi totalidad de América Latina.

A todas estas, como parte de las reformas curriculares que, como refiere Héctor en su libro, se hicieron en la FACES, después de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez, se fundó la cátedra de Desarrollo Económico, que me tocó dirigir a mi regreso de sendos cursos de postgrado sobre la materia en la Escuela de Estudios Sociales de La Haya, Holanda y un Seminario en la Escuela Superior de Planificación de Varsovia, Polonia, a los cuales fui enviado por la Facultad.

A esa cátedra fue asignado también Héctor, quien terminaba de realizar el curso de postgrado en Planificación del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), y el profesor Manuel Felipe Garaicoechea, quien habían realizado cursos de especialización en Desarrollo Económico con la CEPAL en Caracas y Santiago de Chile.

Ya desde el inicio de nuestro primer curso pudimos constatar que sin dejar de reconocer importantes aportes realizados por Raúl Prebisch y Celso Furtado y otros investigadores en la CEPAL, estábamos en desacuerdo con ellos, tanto en la orientación de sus propuestas de política económica -al igual que otros autores marxistas y neomarxistas- como en el aspecto crucial de la caracterización estructural del subdesarrollo.

En este último aspecto comenzamos por el análisis de Venezuela, produciendo sobre la marcha materiales para discutir con nuestros estudiantes, los cuales dieron lugar a la primera versión multigráfica de nuestra *Opera Prima* en la materia: *Aspectos teóricos del subdesarrollo*, en la que se integraron tres artículos míos (dos de ellos sobre historia económica de Venezuela desde comienzos del siglo hasta 1958) y un análisis crítico sobre la definición y morfología del atraso económico. Y dos de Héctor, además del ensayo central elaborado por ambos sobre '*La estructura económica de los países subdesarrollados*' en el que se definían nuestras posiciones esenciales sobre la temática del subdesarrollo.

Partíamos allí de la definición de estructura económica de Marx y poníamos en evidencia, primero para el caso venezolano y luego en otra obra personal, mi tesis doctoral *Inversiones Extranjeras y Subdesarrollo*, se agregaban también, siguiendo la misma metodología, los casos de Chile, Honduras y Cuba; todo ello enriquecido y ampliado con las lecturas de otros materiales sobre el resto de la región que nos permitieron fundamentar, las disimilitudes de los países latinoamericanos respecto de la estructura pura del modo de producción capitalista.

Esa investigación nos permitió concluir presentando una definición del subdesarrollo como presencia simultánea de dos características estructurales básicas:

1. *La heterogeneidad estructural* de nuestra economía que daba cuenta de la presencia de sectores socioeconómicos de muy disímil naturaleza en lo que atañe:

- a) a la composición de sus clases sociales
- b) a los tipos de tecnologías utilizadas (en este aspecto distinguimos además entre estructura socio-económica y estructura técnico-económica y presentamos cuadros estadísticos elaborados por la cátedra para el análisis de ambos aspectos estructurales en el caso venezolano)

2. *La relación de dependencia* que comienza en la esfera económica, como contrapartida de la acción penetrante de los países centrales y constituían el motor dinamizador de la heterogeneidad estructural.

En el señalamiento de ambas características del subdesarrollo en 1962 fuimos pioneros en América Latina (Cardoso y Falleto publicaron su obra sobre dependencia en 1969 y Aníbal Pinto Santa Cruz, se refirió al concepto de la heterogeneidad estructural en 1970).

Pero al margen de esa afirmación, un poco vanidosa, el hecho más importante fue la difusión e intensificación de la discusión sobre la temática desarrollo-subdesarrollo, en el subcontinente latinoamericano entre estructuralistas cepalinos, economistas académicos y marxistas, tanto ortodoxos como neo-marxistas críticos.

Esa discusión se mantuvo en un primer plano de interés durante más de dos décadas. Fue, a mi criterio el foro donde nacieron las ciencias sociales latinoamericanas.

A partir de cierto momento que podemos ubicar en Venezuela en 1978 (mucho antes en otros países como Argentina, Brasil y México) el modelo desarrollista basado, en la industrialización sustitutiva de importaciones, complementada más tarde por los intentos de industrialización exportadora, comienza a vivir su agotamiento, lo que promueve como en el resto de América Latina una crisis económica que termina por propagarse a todos los demás aspectos de la vida social.

Se comprueba así que el subdesarrollo, lejos de ser una etapa del desarrollo como pretendía la teoría económica tradicional, es un proceso que, tiende a perpetuarse, aunque cambiando de forma. En el caso venezolano por ejemplo, en lo que atañe a la heterogeneidad estructural, los sectores capitalistas de 1958 que representaban un 52,0% de la PAO, ubicados fundamentalmente en el campo han sido sustituidos en 1998 por un sector informal urbano que mantiene todavía prácticamente el mismo porcentaje, mientras que en lo que atañe a la

relación de dependencia, se había producido también en cambio de forma, haciéndose mucho más compleja en intensa.

Para 1998, la crisis societaria integral del país afectaba a todos los aspectos de vida social, hasta llegar al colapso del sistema político establecido. Se produjo entonces el ascenso del actual gobierno cuyo diagnóstico económico definió la situación encontrada como una crisis estructural originada por el "agotamiento del modelo rentista petrolero", agravada por inadecuadas políticas de los gobiernos anteriores; en particular "la exacerbación del gasto público unido a los efectos de la corrupción administrativa"

Considero que ese diagnóstico del país como capitalista-rentista que no tomó en cuenta sus características como país subdesarrollado, fue el pecado original de la política económica del gobierno.

Lo anterior constituye un claro ejemplo de la vigencia esencial del diagnóstico estructural de Venezuela que hicimos en 1962 y reafirma la necesidad de partir de él, si es que se quieren alcanzar los objetivos de modernización y superación de la pobreza que se anuncia querer alcanzar. Ese programa debe diseñarse alrededor del objetivo concreto, de eliminar progresivamente al sector "informal", lo cual equivaldría, en el fondo, a homogeneizar de una u otra manera, su estructura económica, aspecto esencial del proceso de superación del subdesarrollo.

Trabajar planificadamente para el alcance de ese objetivo es, para mí, la tarea fundamental que se le plantea hoy a la sociedad venezolana. ¿No piensan ustedes que éste, nuestro instituto, donde nacieron los estudios del subdesarrollo en Venezuela, podría retomar colectivamente en sus manos ese programa de investigación?

Termino así mis reflexiones sobre el capítulo V de la excelente obra cuya presentación motiva este encuentro ratificando mi felicitación a Héctor por tan valioso aporte a la literatura económica venezolana. Aun cuando invitándolo también a repensar el final de dicho capítulo, porque a pesar de los cambios de toda índole ocurridos desde entonces (tecnológicos y socioeconómicos y políticos), Venezuela sigue presentado, bajo nuevas formas, la estructura económica de un país subdesarrollado, plataforma desde la cual resulta ilusorio la propuesta de salto hacia el todavía indefinido "socialismo del siglo" XXI.

INTERVENCIÓN DEL DR. HEINZ R. SONNTAG

Antes que nada, deseo expresar mi agradecimiento a la Fundación para la Cultura Urbana, al Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la FACES y muy especialmente al Profesor Héctor Silva Michelena, amigo y hermano desde hace más de 40 años, por el honor y placer de ser, junto a mi entrañable amigo Armando Córdoba, uno de los presentadores de este nuevo libro de Héctor.

¡Permítaseme empezar con algo de historia personal! Conocí a quien iba a ser a la postre otro hermano, al Profesor José Agustín Silva Michelena, en julio de 1966 en el Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología en Evian/Francia. Se estableció entre nosotros lo que coloquialmente se llama "una buena química" y nos despedimos después de la semana del Congreso en el Aeropuerto de Ginebra en Suiza con un abrazo y la promesa de vernos pronto. En 1967, después de haber obtenido en marzo mi doctorado en ciencia social, nos fuimos mi esposa de aquel entonces, Elena Hochman, con nuestra hija Alexandra en las vacaciones universitarias alemanas a Venezuela. Allí conocí en persona a todos los amigos de Elena, entre ellos a Héctor Silva Michelena, y pude refrescar y profundizar la amistad con José Agustín, a quien visité en el viaje de mi regreso a Europa en Cambridge en Estados Unidos de (Norte) América, donde estaba terminando su tesis doctoral en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Logré posteriormente una invitación para Héctor por la Universidad de Bochum en el otoño europeo de ese año. Pasamos varias semanas juntos. Sus conferencias en la Universidad y nuestras conversaciones en las tardes y noches, así como durante nuestros paseos en los bosques alrededor del campus, especialmente sus enseñanzas de amigo y maestro, me acercaron por primera vez a la ciencia social latinoamericana. Después de mi venida a Venezuela en agosto de 1968 tuve la suerte de ser acogido por mis colegas aquí y en otras partes de la región. La amistad con Héctor se mantiene hasta el día de hoy. José Agustín murió en diciembre de 1986 y Héctor y yo, además de muchos otros amigos, lo lloramos y necesitamos largos tiempos para elaborar nuestros duelos.

Entre las numerosas "aventuras intelectuales" que Héctor, José Agustín, Armando Córdoba y yo compartimos, quiero mencionar tan solo dos. Uno fue el Primer Encuentro de Científicos Sociales Africanos y Latinoamericanos sobre el Desarrollo en Dakar/Senegal en agosto de 1972. Héctor fue en esos tiempos investigador del Instituto de Desarrollo Económico de la Comisión Económica de la ONU para África, dirigido por Samir Amin. Fue un evento lleno de sorpresas, para nosotros por el carácter multifacético del subdesarrollo y la dependencia de las sociedades africanas, y para los colegas africanos por los avances del conocimiento que los latinoamericanos habíamos logrado sobre nuestros problemas

de subdesarrollo y dependencia, así como las soluciones que habíamos propuesto desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La segunda aventura fue el seminario del Instituto Max Planck para el Estudio de las Condiciones de Vida en el Mundo Científico-Técnico en un pintoresco pueblo cerca de Munich, en esos tiempos dirigido por Carl von Weizsaecker y Juergen Habermas. Nuestros interlocutores fueron, además de un número considerable de colegas alemanes y de otros países de Europa Occidental, Otto Kreye y Folker Froebel quienes se ocupaban del Tercer Mundo en el Instituto. Fue otra aventura, en el sentido de que pudimos confrontar nuestras aproximaciones histórico-teóricas con las de los amigos y colegas alemanes y visualizar las similitudes y diferencias, muchas veces enraizadas en las diversas historias de nuestras sociedades y por ende de nuestras vidas.

Vale la pena destacar otro evento en el que Héctor, José Agustín y yo participamos en el segundo trimestre de 1978. Tuvo lugar en San José de Costa Rica y contaba con la presencia especial de muchos colegas y amigos de los países que estaban viviendo bajo terribles dictaduras o exiliados en otras regiones por las mismas. Recuerdo la presencia de Raúl Prebisch, Gino Germani, Fernando Henrique Cardoso, Juan Carlos Portantiero, Enzo Faletto, Norbert Lechner, Agustín Cueva y otros, convocados por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales –Flacso– en la persona de su Secretario General de aquel entonces, Francisco Delich. Fue, más que un evento académico, un taller político sobre las condiciones para el restablecimiento de las condiciones de convivencia democrática en tantas de nuestras sociedades. Entre otros objetivos tuvo el de ponderar el papel de las ciencias sociales en la construcción de tales condiciones, propósito que a su vez implicaba la indagación acerca de las particularidades cognoscitivas y estratégicas de nuestro quehacer. Tengo todavía, como seguramente Héctor, un vivo recuerdo de nuestras polémicas, acuerdos y propuestas de estrategias. De una forma u otra, este evento produjo sus frutos en los años siguientes cuando las dictaduras cayeron lentamente una tras otra, no en último lugar por el grado de madurez epistemológica y política y su influencia en los movimientos sociales que habían alcanzado las ciencias sociales de nuestra región.

El libro que hoy presentamos constituye, a mi modo de ver, algo así como un gran resumen de lo que fue y es la ciencia social latinoamericana, ejemplificada en la ciencia económica de Venezuela. Es el resultado de una profunda reflexión sobre la ciencia económica, como parte de la ciencia social, de América Latina y el Caribe. Como tal subraya las contribuciones del pensamiento económico venezolano desde los inicios del siglo XX hasta nuestros días. Destaca lo común de nuestra socioeconomía con lo de las otras economías-sociedades de nuestra multifacética realidad.

Para ello, Héctor se sirve del método histórico-estructural, esto es: la fusión dialéctica y compleja del análisis de las estructuras de la realidad con la interpretación de la investigación y el pensamiento sobre el devenir de esas estructuras. Hasta donde llegan mis conocimientos, este libro es historia económica e historia de las ideas sobre la historia económica, desde la Venezuela agroexportadora, pasando por los impactos del petróleo, hasta la situación actual de la economía y del pensamiento sobre ella.

Este enfoque es interdisciplinario o, como Héctor dice hoy, *transdisciplinario*. Esto es: la ciencia económica es una rama de la ciencia social, de modo que sus análisis tienen que abarcar, más allá de los procesos e instituciones económicas, también los procesos sociales, políticos y de Estado. Ejemplares en este sentido son el capítulo sobre el petróleo en (pp. 29- 56) el pensamiento económico venezolano y el capítulo final que trata, en una suerte de resumen sintético, el análisis del desarrollo (económico, social, político y hasta sociocultural) de la sociedad venezolana (pp. 119-198).

No menos importante es el esfuerzo que Héctor dedica al estudio de la vinculación entre el pensamiento económico venezolano y el pensamiento en otros países de la región: Desde los inicios del pensamiento sobre la economía (Smith, Ricardo, Mills), pasando al comienzo de los estudios sobre desarrollo y subdesarrollo (Lewis, Myrdal, Nurkse) y luego al desarrollismo cepalino (con Prebisch, Furtado, Sunkel, Mayobre), hasta el dependentismo del cual el libro de Armando Córdoba y Héctor Silva Michelena *Aspectos teóricos del subdesarrollo* es un temprano predecesor (Cardoso, Faletto, Dos Santos, Marini y tantos otros) nos encontramos con los científicos sociales venezolanos de cada uno de estos pasos (Román Cárdenas, Gumersindo Torres, Alberto Adriani, Arturo Uslar Pietri, Maza Zavala hasta las siguientes generaciones que representan Héctor Malave Mata, el propio Héctor cuyo libro celebramos, Francisco Mieres, Ramón David León y otros hasta los numerosos contemporáneos). Como resumen de las indagaciones me permito citar a Héctor: "El pensamiento económico venezolano... no escapa a este *minimum* sensible en sus esfuerzos teóricos y prácticos. A sabiendas de que los economistas somos, por y en esencia, contradictorios entre nosotros, y con uno mismo, pero tranquilizados por la adopción de premisas y la justificación de la práctica política, han dado origen a un interesante cuerpo teórico cuya validez solo se mantiene en el espacio, teórico o de acción, creado por ellos (nosotros) mismos. ¡Qué fácil!" (p. 236).

Para concluir, quisiera subrayar un aspecto que es un supuesto básico y subyacente en el libro de Héctor, como ya se insinuó en la cita anterior. Pienso que quien mejor ha expresado este aspecto fue Fernando Henrique Cardoso, en esta Universidad, el día 5 de julio de 1995, cuando se le otorgó, no por Presidente de Brasil sino por gran científico social, distinguido colega y entrañable amigo,

el *doctorado honoris causa*: “Si hemos logrado algo en nuestra búsqueda por lo universal en América Latina en las décadas recientes, es porque hemos sido capaces de construir algo que es fundamental en la vida: un espíritu de comunidad de estar juntos, a pesar de las distancias. Durante los últimos 40 años, el diálogo ha sido permanente y vivo, hasta entre gente que a menudo ni siquiera se conocían directamente. Pero ha habido también muchos que se conocían y que han encontrado en relaciones directas la motivación de moverse adelante con sus proyectos intelectuales. Esto es algo que quisiera enfatizar: que existe pensamiento original en la ciencia social latinoamericana y que este pensamiento creció en un ámbito que es más grande que una sola universidad o un solo país y que el espíritu de la comunidad se mantiene pese a la distancia” (Cardoso, p. 172)¹.

La existencia de esta comunidad, pienso, le da a Héctor el derecho de concluir: “Empero hay esperanzas. Las economías del desarrollo y la distribución están de vuelta. También se progresa en la integración de las ciencias sociales mediante ejercicios dialógicos o transdisciplinarios. Cada vez más se adopta el pensamiento complejo, el que contextualiza, integra lo desintegrado o aislado, une lo separado; en una palabra: se progresa en la reforma del pensamiento, condición necesaria para el avance de la ciencia con conciencia” (p. 236).

¹ Cardoso, Fernando Henrique (2001), *Charting a New Course. The Politics of Globalization and Social Transformation*. Lanham-Boulder-New York- Oxford: Rowman and Littlefield Publishers Inc.